

Pueblo ganador

3º ESOA. Autor: David Iglesias Rodríguez

1^{er} Premio: Ouro

2º Ciclo de E.S.O.

VIII CERTÁMEN LITERARIO "LETRAS DE BABEL"

3º ESOA. Autor: David Iglesias Rodríguez.

“Pueblo ganador”

Había llegado. Era el día que siempre habían esperado. El sol se levantó rojo sobre el barrio, calentando sus calles y dando luz y alegría a todos. Esa mañana había tocado el gordo de navidad: el 55.726. En aquel barrio no había ni ricos ni pobres. Se dedicaban a la agricultura, a la ganadería, a pescar truchas en el río. Vivían al día.

El trabajo en el campo no faltaba, pero era duro; siempre mirando hacia el cielo por si no llovía a tiempo.

Aquella mañana de diciembre todo cambió. Aquel premio era como un diamante en bruto. Todos suspiraban porque ese milagro ocurriera alguna vez, sin imaginar que ese día llegaría. Aquella mañana fría, con el sol sonriendo sobre el barrio, todos vivían un sueño hecho realidad. La calle se convirtió en un hervidero; nadie se había quedado en casa.

Cogieron el vino porque no tenían champán y celebraron que había tocado la lotería.

Los niños saltaban y reían. Algunos estaban pensando en ampliar la carta a los reyes; otros perseguían a sus padres enumerando una lista de juguetes.

Los mayores lloraban, reían, cantaban, brindaban... A casi todos les había tocado un pellizco. Unos pensaban en hipotecas, otros en un tractor nuevo, algunos en irse del pueblo, otros en pasar unas vacaciones al sol.

El alcalde, Don José, era el único que no parecía contento. Estaba sentado en un banco de la plaza y miraba a lo lejos, hacia los campos, con los ojos llenos de lágrimas.

Durante un buen rato lo miré. Sus ojos seguían llenos de lágrimas. Me acerqué y me senté junto a él. Él no pareció notarlo. Al cabo de un rato le dije: -Un gran día, Don José, ¿no cree?

Él se sobresaltó, me miró y sonrió. Era extraño verle con aquella sonrisa y los ojos anegados de lágrimas. Le pregunté por qué lloraba. Don José puso una de sus manos ancianas y cansadas sobre mi hombro. Me dijo que aquel día era más de lo que él podía soñar. Hacía mucho tiempo que el pueblo necesitaba muchas cosas, pero el campo no daba para más. Todo aquel dinero podía mecanizar los campos, crear cooperativas, mejorar la vida, generar trabajo...

Don José me miró y me dijo: -Los jóvenes casi se han ido del pueblo; pocos niños quedan ya; sólo los que ves allí jugando. Este pueblo se moría y ahora hay esperanza. Los jóvenes volverán. Mi hijo podrá volver.

De pronto recordé al hijo de Don José. Un chico muy parecido a él. Buen estudiante, había acabado la carrera de ingeniería, pero en el pueblo no había futuro. Probó suerte en la ciudad cercana, pero la empresa había cerrado y Josito, como le llamábamos desde crío, se había tenido que buscar la vida en Alemania. Eso había partido el corazón de Don José, que también había trabajado en Alemania cuando era joven. Al volver al pueblo no imaginaba que su hijo también tendría que emigrar.

Con todo lo que ahora podría cambiar el pueblo, Josito tendría mucho que hacer, mucho que construir. Aquellos niños que jugaban en la plaza seguro que tendrían un futuro allí, sin tener que irse.

De pronto comprendí por qué Don José lloraba mirando hacia los campos. Y sin querer yo también lloré.